

EL MONO AZUL

Publicación de la ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS

AÑO III.—NUM. 45

Madrid, mayo de 1938

Precio: 50 céntimos

1.º DE MAYO DE GUERRA

PRIMERO DE MAYO EN LA ESPAÑA LEAL DE 1938

(CORAL DE PRIMAVERA)

PRIMERO de mayo.
Himnos, sangre, flores.
Primavera guerrera de los trabajadores.

—Di, ¿tú qué harás el Primero de Mayo?
—Mi país está en guerra, campesina.
Yo, como buen soldado de los mares,
haré que el pabellón de la Marina
flote sobre los vientos ejemplares.

—Di, ¿tú qué harás el Primero de Mayo?
—Mi país está en guerra. Un aguacero
batir quiere de balas sus labores.
Yo como campesina, marinero,
prepararé mis brazos segadores.

—Di, ¿tú qué harás el Primero de Mayo?
—Mi país está en guerra. Los talleres
multiplican, veloces, la jornada.
Mano a mano del hombre, las mujeres
ofrecerán su sangre acelerada.

—Di, ¿tú qué harás el Primero de Mayo?
—Mi país está en guerra. Por su cielo,
alas de extraños pájaros ladrones.
Yo condecoraré de gloria el vuelo
de los republicanos aviones.

—Di, ¿tú qué harás el Primero de Mayo?
—Mi país está en guerra. Tercamente
haré hablar al fusil ese lenguaje
que empuje a España valerosamente
a conquistar de nuevo su paisaje.

Primero de Mayo.
Himnos, sangre, flores.
Primavera del triunfo de los trabajadores.

Rafael ALBERTI

Madrid, 1 de mayo de 1938.

¡Un nuevo Primero de Mayo que añadir al calendario de la guerra! En el mundo entero, millones de trabajadores repetirán el nombre de España. Millones de obreros pensarán que su porvenir es el nuestro y que están ligados por la sangre derramada en los frentes de la libertad.

Miles de hombres están dispuestos—nos lo ha dicho la Prensa—a declarar la huelga en los resortes más vitales del rearmamento inglés para obligar a su Gobierno a vender armas para el Gobierno legítimo de España.

¡Ayuda a España! Esta será la consigna del Primero de Mayo en los países democráticos. Volverá a resonar por las calles el grito apremiante de: «¡Cañones y aviones para España!»; se removerá la conciencia popular antifascista ante la firme decisión de nuestro pueblo de no doblarse al yugo, y España triunfará del sacrificio y saldrá glorificada de la muerte.

Las pruebas, por muy duras que sean, no pueden quebrantarnos. Dar a la Patria, no duele; dar a enemigos, amarga el pan para la vida entera. No demos a enemigos ocasión de filtrarse en las líneas cerradas de nuestra defensa nacional. Como un muro de pechos leales, vivamos alerta en la retaguardia. Pensemos que nos miran los antepasados, y que hoy, día Primero de Mayo, el nombre de España será repetido con orgullo.

Los que cayeron por la libertad nos piden diariamente cuenta de nuestros actos. Es preciso ser dignos de los muertos. Gracias al sacrificio de nuestra sangre, la esperanza sigue viviendo en el corazón invadido de Africa, en China pisoteada, en los niños descalzos de América, en los metalúrgicos, mineros, cargadores, de la Alemania nazi, allí donde un hombre sufra deportación o cárcel por amor a la libertad y a la justicia.

Día de afirmación en el



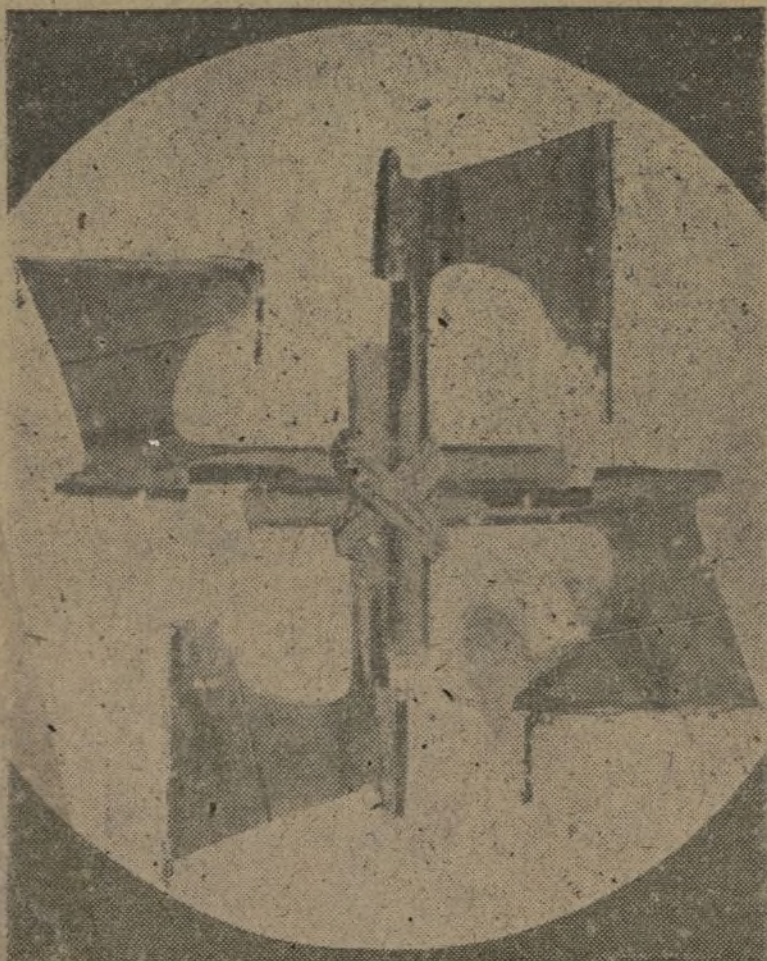
sacrificio, día de seguridad en nosotros mismos, día de fe ha de ser este Primero de Mayo. ¡Salud a los talleres, a las madres y esposas de los caídos gloriosos! ¡Salud a las fábricas y a los hombres leales! ¡Salud a los obreros, soldados y campesinos! ¡Sa-

lud a los países amigos! ¡Salud al proletariado mundial! Nuestro Primero de Mayo os envía la fe del triunfo en nuestros corazones, cuando nuestras banderas saluden a las banderas de los trabajadores ondeando por los cielos del mundo.

EL MONO AZUL

TERCERA VIDA

Camaradas: EL MONO AZUL comienza su tercera etapa. Vino con los milicianos en los días exaltados de agosto, se desparramó por los frentes y creó con el "Romancero de la Guerra civil" uno de los exponentes más claros de nuestra literatura de guerra. Apiñaba en sus filas a muchos jóvenes escritores. Hoy trae luto por algunos de sus artistas, que dejó sembrada la muerte para el futuro glorioso de España. EL MONO AZUL, símbolo de trabajo, inteligencia y guerra, no podía callarse en esta ocasión de peligro. Aquí está, voluntario otra vez. ¿No han llamado a filas? Pues EL MONO AZUL está en su puesto: junto al Gobierno del Frente Popular, formando alma y carne de la Patria, cumpliendo su deber.



La estrategia del octavo Ejército de ruta chino

UNA ENTREVISTA CON MAO TSE-TUNG

por James BERTRAM



James Bertram.—Desde que se inició la guerra se ha despertado un enorme interés sobre el antiguo Ejército Rojo, ahora reorganizado como octavo Ejército de ruta. ¿Puede usted decirme algo acerca de su actual situación estratégica, trabajo político, etc.?

Ma Tse-Tung.—No desconozco que desde la reorganización del Ejército Rojo en octavo Ejército de ruta ha existido una gran ansiedad popular por conocer sus actividades. Por ello, voy a decirle algo sobre su situación actual.

Acerca de su estrategia y su táctica, podemos decir que el octavo Ejército lleva a cabo operaciones que no pueden ser realizadas por ninguna otra clase de tropas chinas. Peleamos en los flancos y la retaguardia del enemigo. Tal clase de lucha es completamente diferente de la simple de ataques por el frente. No negamos la necesidad de utilizar a una parte de las tropas de defensa en tales ataques; pero nuestras fuerzas principales son usadas en las alas del enemigo, llevando a cabo movimientos envolventes por los flancos, atacando al enemigo independientemente y por nuestra propia iniciativa.

Solamente con esas tácticas podemos preservar nuestras propias fuerzas y destruir por unidades las del enemigo. Más aún, las fuerzas que operan a la retaguardia del enemigo son especialmente peligrosas, porque pueden destruir las bases de aprovisionamiento y las líneas de comunicación. Aun aquellos Ejércitos que usualmente chocan con el enemigo en la forma de ataques por el frente no adoptan una estrategia de simple defensa, sino, que hacen todo el uso posible de los contraataques.

Una de las razones principales de los reveses sufridos por las tropas chinas recientemente es la de que han usado errónea táctica y estrategia. El estilo de lucha usado por el octavo Ejército de ruta ha sido definido como «una guerrilla móvil de iniciativa independiente». Fundamentalmente, es similar a nuestro método de lucha en las pasadas guerras civiles, aunque hay algunas diferencias.

De la situación militar en la presente etapa de la guerra podemos hacer una observación. La situación es menos favorable para la gran concentración y centralización de las fuerzas chinas y más favorable para la división de nuestras fuerzas en unidades móviles. Esto es necesario, pues ahora que la zona de guerra está tan extendida, debemos hacer tantos continuos ataques como nos sea posible en los flancos y la retaguardia del enemigo. El número total de todas las fuerzas chinas es muy grande; exceptuando el de una parte de estas tropas para defender los frentes principales y la dedicación de una parte de ellas para las guerrillas, el cuerpo principal debe ser regularmente empleado en ataques a los flancos del enemigo.

El primer principio en cualquier guerra es preservar las propias fuerzas y liquidar las fuerzas del enemigo. Para alcanzar este fin ahora, debemos hacer uso de la iniciativa independiente de Cuerpos móviles, combinada con las tácticas de partido. Toda clase de lucha pasiva, mecánica, inmóvil, deberá ser abandonada. Si un número suficiente de fuerzas chinas emplea este método, y el octavo Ejército de ruta las ayuda con la lucha de guerrillas, entonces la victoria estará en nuestras manos.

El octavo Ejército de ruta tiene, además, una muy importante y significativa fórmula: su trabajo político.

Hay principios fundamentales en el trabajo político del octavo Ejército de ruta: Primero. Unidad de oficiales y soldados. Esto implica la liquidación de todo aspecto de disciplina feudal, la abolición de todos los viejos métodos, el establecimiento de la disciplina consciente y la realización de un modo de vida dentro del Ejército, mediante el cual se repartían entre todos tanto las amarguras como las dulzuras.

En esta forma, nuestro Ejército ha alcanzado una gran solidaridad.

Segundo. Unidad del Ejército y del pueblo. Este es un principio infalible de nuestro Ejército. Debemos guardar la mayor relación posible con el pueblo, y en ningún momento violar sus intereses. (En un discurso pronunciado en la Academia Militar de Yenán, el 1.º de Mao tocar este punto aún más claramente: «Ustedes no deberán quitar nunca un solo pedazo de papa a los campesinos—dijo a los soldados reunidos—; si lo hacen, jamás serán ayudados.» J. B.) De este modo, el pueblo nos apoyará, trabajará con nosotros, llevará mensajes, guardará secretos militares, etc. La cooperación con el pueblo es un factor importante en nuestro éxito militar.

Además, debemos llevar adelante trabajos de propaganda, organizar y armar al pueblo; debemos aligerar la carga económica que pesa sobre las masas y suprimir severamente a aquellos traidores que ponen en peligro al Ejército y al pueblo. De manera que el Ejército y el pueblo podrán trabajar unidos, y dondequiera que el Ejército esté será saluado cordialmente por el pueblo como su amigo.

El octavo Ejército de ruta obtiene nuevos reclutamientos, no con medidas obligatorias, sino por la propaganda y la organización política en el pueblo. Este método es mucho más efectivo.

¿Puede ser adoptada por otras tropas chinas la estrategia y la táctica del octavo Ejército de ruta?

—Aunque el octavo Ejército tiene todas esas cualidades que detallamos más arriba, lo cual le hace particularmente peligroso para el Ejército japonés, no puede aún jugar el rol decisivo en la contienda antijaponesa. Numéricamente, es limitado, y al presente las tropas del Kuomintang juegan todavía el papel más importante en la resistencia china. Pero no hay razones para que los buenos puntos del octavo Ejército no puedan ser adoptados por las otras tropas chinas. Originalmente, las tropas del Kuomintang tenían un espíritu similar al que mantiene ahora el octavo Ejército de ruta. Esto fue en 1925-27. En aquel tiempo, el Partido Comunista ayudó al Kuomintang a organizar el Ejército bajo nuevas formas. Al comienzo, sólo dos regimientos fueron reorganizados; pero pronto otras tropas se unieron alrededor de estos dos regimientos y ganaron sus primeras victorias sobre Chen Chung-Ming.

Más tarde, estas fuerzas se convirtieron en un gran Ejército, y todavía mayor cantidad de tropas fueron influenciadas por él. Vino la expedición del Norte, y había un nuevo espíritu en las tropas. Se estableció una cerrada relación entre los oficiales y soldados; las tropas y el pueblo y el Ejército se llenaron de un corajudo espíritu revolucionario. Representantes del Partido y departamentos políticos establecieron entre la tropa un sistema que nunca antes se había puesto en práctica en el Ejército en toda la historia de China. El Ejército Rojo, después de 1927, y ahora el octavo Ejército, han continuado este sistema, desarrollándolo considerablemente.

En el período de la gran Revolución, las tácticas de guerra y la estrategia de las nuevas tropas dieron a éstas su espíritu político. No era una estrategia pasiva y mecánica, sino positiva, activa y ofensiva. Por esto se ganaron batallas en la expedición del Norte.

La presente guerra antijaponesa requiere una clase de Ejército similar. No es necesario tener millones de tropas como esa; unos cuantos miles garantizan el éxito contra el imperialismo japonés.

Tenemos la mayor admiración por el heroísmo de las tropas chinas desde el inicio de la guerra; pero debemos aprovechar las lecciones de la pelea sangrienta que ha tenido lugar. Especialmente debemos esperar que los Ejércitos centrales, con sus heroicos hechos y su gloriosa historia, asuman ahora el papel principal en la organización y transformación de la milicia, y las fuerzas gubernamentales en la España leal debe servirnos de ejemplo.

¿Cuál es la política del octavo Ejército de ruta hacia los prisioneros de guerra, y en qué se diferencia de la de las otras tropas chinas?

—Nuestra política hacia los prisioneros de guerra es esencialmente la misma que seguimos en el Ejército Rojo durante los diez años de lucha. Los prisioneros son desarmados, pero no insultados ni maltratados en forma alguna. Les explicamos la comunidad de intereses entre los pueblos de China y Japón, y entonces les damos libertad.

Desde luego, hacemos alguna distinción entre soldados y oficiales, y entre oficiales de distinta graduación. A los simples soldados, a aquellos de las clases oprimidas, y especialmente a aquellos mongoles y de Tungpei (nortefios), que son obligados por los japoneses a pelear contra nosotros, los saludamos como amigos y camaradas. Cualquiera que como nosotros se oponga al imperialismo japonés, es bien venido a nuestras filas. Aquellos que no desean quedarse entre nosotros son libertados y se les permite regresar a sus tropas. Los oficiales son tratados en la misma forma; pero aquellos altos oficiales que hayan dirigido la guerra contra nosotros y ayudado a crear la actual política del militarismo japonés, son retenidos en China durante un tiempo, de manera que puedan comprender y apreciar sus errores. Entonces, si reconocen sus propios errores, son libertados también.

—Pero en vista de la disciplina y tradición del Ejército japonés, ¿es posible esperar buenos resultados de esta política? Los prisioneros libertados son muertos por sus jefes si vuelven a sus batallones, y en general el Ejército japonés no comprenderá el propósito de nuestra política.

—Mientras más prisioneros libertados maten los japoneses, más se levantará la simpatía de los soldados japoneses hacia las tropas chinas. Las masas no pueden ser engañadas. Hemos seguido nuestra anunciada política con los prisioneros capturados recientemente en Shensi, y continuaremos con ella.

El Manrí japonés ha declarado abiertamente que usará gas venenoso contra el octavo Ejército de ruta. Aun si ellos lo hacen, no cambiaremos nuestra política con los prisioneros de guerra. Hemos propuesto al Kuomintang que las otras tropas chinas sigan una política similar. Es una manera de esclarecer la personalidad del verdadero enemigo contra quien estamos peleando: el imperialismo japonés, y no el pueblo japonés.

No hemos peleado contra el pueblo japonés, con hombres de un pueblo oprimido, aunque ellos hayan sido enviados a pelear contra nosotros. Esas gentes son amigos nuestros, y aquellos que no deseen volver a sus tropas pueden unirse al octavo Ejército de ruta. Si en el futuro aparece alguna Columna Internacional en la guerra antijaponesa, ellos podrán unirse a esta Columna y pelear contra el imperialismo japonés.

EL BAROMETRO

Por M. NAVARRO BALLESTEROS

—¿Por dónde les hemos pegado hoy? ¿Qué acción o resistencia nuestra les ha puesto rabiosos?

Los obuses—perdonen los gramáticos que nos han “descubiertos” que no debe decirse obuses, sino granadas, pero que el pueblo los llama así—silban con intervalos de segundos por encima de los tejados. Unos se estrellan sobre los adoquines. Estos son los peores. La metralla se esparce extraordinariamente dividida en minúsculas esquivitas. ¡Ay del que no esté refugiado en un portal!

Los que horadan los tejados destruyen los muebles, abren monstruosos ojos en los techos, derriban tabiques. Ya es raro que en los pisos altos encuentren—después de los primeros minutos de bombardeo—a los inquilinos. Decenas de obuses. Centenares de obuses. Un capital en trillita. Un capital en hierro. ¡Victimas! Muchas menos de las que festejan los servidores de los cañones alemanes después de cada bombardeo sobre Madrid.

—¿No salgas ahora, que te va a dar uno!

Es la hora en que los cines y los teatros han terminado sus sesiones. Soldados. Muchos soldados.

—Los “pepinazos” no hacen nada, sabiéndolos “forrear”.

El teniente sonríe, después de decir lo anterior, mirando a su novia. Un grupo de muchachas, sin cesar de hablar a gritos y de reír con fuerza, como si quisieran que se les oyera en Garabitas y en Cerro Rojo, esperan “a que escape, un poco”. Les ha gustado Carole Lombard. No está mal en ese papel Franchot Tone.

Y siempre el mismo comentario:

—¿Por dónde les hemos pegado hoy?

Un comisario irrumpe en el portal de una casa de la Gran Vía.

—Son unos criminales—comenta, indignado—, unos bandidos, unos asesinos!

Las mujeres asienten. ¿Cuándo se les agotarán las municiones? Pero, no; no se les acaban. ¿No se las mandan de Alemania y de Italia? ¡Maldita sea!

A los cinco minutos, una vieja, acurrucada en un rincón del portal, levanta la cabeza, mira fijamente al comisario y le dice calmadamente:

—Claro, hijo... ¿Cómo no van a ser unos criminales? Son fascistas. A mi hija la mató una bomba de aviación el año pasado... Bueno, hace más de un año... Son fascistas... ¿Cómo no van a ser criminales?

Otra vez la misma pregunta: —¿Por dónde les hemos pegado hoy? Ya nos lo dirá el eparte esta noche.

El comisario les explica a las mujeres que, en el frente, los soldados están dispuestos a morir todos antes que dejar que el enemigo dé un solo paso adelante. La curiosidad madrileña. En frente de vuestras líneas, ¿qué gente hay? Moros. Pues ¿no preguntan ustedes nada! La “quinta co-

—¿Cree usted que existía un verdadero peligro de capitulación por parte de China?

—Sólo hay dos salidas. O bien vencemos a los que quieren capitular, y el peligro desaparece, o los partidarios de la capitulación ganan fuerza y crean un gran caos en China, que destruirá el frente antijaponés.

La mayoría del pueblo chino, sin embargo, quiere pelear hasta el fin. Si parte de los componentes de la alta sociedad toma el camino de la capitulación, entonces todos los elementos más resueltos del país se opondrán decididamente a ellos y continuarán estrechamente unidos a las masas del pueblo la guerra de resistencia. Un rompimiento de esta clase no será favorable al Frente Unido; pero yo creo que los derrotistas no podrán seguir adelante, y que, finalmente, serán derrotados por la fuerza de las masas. Se seguirá la guerra (Pasa a la página 3.)

lumna” tiene largas las orejas. Aún hay algunos miserables que ayudan a los ladrones de nuestra patria. Tenemos que liquidarlos.

Los cañones del Garabitas han callado. Sólo disparan los del otro lado. Bueno; ahora ya sabe uno por dónde caminar para asegurar un poco.

Otra vez. No hay más remedio que buscar el refugio más próximo. Otro portal. Más mujeres. Más chicos. Más viejos y viejas. Aquí se habla de los combates de Levante y Cataluña.

—Ya los han “parao” ¡Se iban a comer Barcelona! ¡Mierda! No darán un paso más. Están “parao” en seco, como en Madrid desde noviembre.

Habla un hombre viejo. Las mujeres escuchan más sus palabras que el estruendo brutal de los proyectiles al estallar. Una mujer con un chico agarrado a uno de sus pechos:

—¿Que se creen ellos que van a pasar! Ya los veremos correr a esos italianos como en Guadalajara. ¡Malditos puercos! Nuestros muchachos hacen lo que nuestro Gobierno les ha dicho. Resisten.

Contra la puerta, algo cerrada, ha chocado algo duro.

—Son piedras—dice alguien—. Ahí cerca ha caído un obús. Vamos un poco más dentro. ¿Para qué exponerse tantamente!

En los portales, en los pisos bajos, en los sótanos, se forman pequeñas asambleas mientras los obuses se estrellan sobre las sufridas calles y las desportilladas casas de Madrid. Se habla de todo. Se pasa revista al abastecimiento. Ahora, aseguran, ha mejorado algo. Nadie se queja. Y si alguien inicia una leve lamentación, la remata con un “¿Es la guerra?” o “¿Más sufren nuestros combatientes?”

Se desmenuza la declaración del Gobierno. Unanimidad en la aprobación. Se elogia a los soldados por su resistencia. La unidad que se observa en la retaguardia es subrayada con palabras de seguridad en el triunfo.

Alguien comenta unas palabras de Negrín, del Partido Comunista, del Frente Popular o de Mija.

—¿Que tiren todo lo que quieran esos canallas! Madrid está en su puesto, y toda España está en su puesto! ¡Van a perder la guerra esos asesinos extranjeros!

La muchacha responde así al proyectil que acaba de estallar en la esquina. Un viejo obrero repite el estribillo:

—¡Están rabiosos! ¿Por dónde les hemos pegado hoy?

Termina el bombardeo. Dos horas después, el parte de guerra anuncia:

“ESTE: El enemigo atacó nuestra posición de X con gran lujo de artillería y de aviación. Fue rechazado. Las fuerzas propias contraatacaron, reconquistando una posición que hubo de ser desalojada ayer, haciendo gran número de bajas al enemigo.”

Los millares de oídos captan con avidez esta breve noticia. ¿Cuánto heroísmo adivinan a través de estas palabras!

—Claro. El bombardeo de esta tarde era por esto. No les dejan avanzar, y se enfurecen. Ya lo decíamos nosotros.

Así es Madrid. El barómetro de la resistencia de nuestros soldados, el barómetro de los contraataques que destruyen las fuerzas de choque de los invasores, está en Garabitas y en Cerro Rojo.

No se cansen ustedes. Por muchas explicaciones que les den, no disuadirán jamás a los madrileños de esta convicción, adquirida en cientos de días de salvajes bombardeos. Los contratiempos del enemigo se han reflejado siempre así: proyectiles alemanes e italianos sobre la heroica capital de la República.

Los partes de guerra del cuartel general de los generalísimos alemanes e italianos que desarrollan la ofensiva contra España, en los días para ellos aciagos, debían decir simplemente esto:

“En la tarde de hoy se bombardeó eficazmente la capital de España. Desacabadamente, no hubo muchas víctimas que festejar. ¡Heil Hitler! E viva el Duclé”

CESAR VALLEJO, el gran poeta peruano, ¡HA MUERTO!

Unas palabras nos quedan pendientes de los ojos al terminar de leer una carta donde nos comentan el suceso: César Vallejo ha muerto hablando de España.

Yo, que recuerdo su voz, he sentido un frío triste bajarme de los hombros. Ese último pensamiento que los muertos dedican a lo que más llena su corazón debe conmover nuestros ciñetes de heroísmo y dedicar a César Vallejo, poeta peruano, antifascista perseguido, bueno y noble camarada, los minutos silenciosos que trae la pena.

César Vallejo nació en no recuerdo qué pueblo de la montaña peruana. Su gran sombrero negro ocultaba como un parasol una cara oscura, sombría, con suaves ojos de indio. El "cholo" le llamaban con amor sus amigos. El "guaco" le decían otros. Comienza escribiendo, con la avidez americana por la poesía, varios libros, entre ellos *Heraldos negros*. Más tarde, ya Vallejo en París, forma con Juan Larrea, Gerardo Diego y Vicente Huidobro, el grupo creacionista. Trae, queriendo salir por sus versos, muchos sencillos recuerdos y horas maternales. Por eso *Trilce*, el libro del año 1922, apareció en Madrid en 1930, está cargado de humanísima savia, sujeta con fuertes cables a la madre tierra.

El prólogo de este libro, su presentación, lo hace José Bergamín: "Pureza de mar, no pureza de agua destilada. Tiene tanto empuje, tanto ímpetu, que nos parece áspera y dura al primer contacto; pero, por eso mismo, como todo lo que se expresa más estrictamente, afianza el sentido humano de lo verdadero: la poesía, que es lo más humanamente verdadero, o, ver-

Carta de la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, de París

Queridos camaradas:
Cumplimos el penoso deber de comunicaros una dolorosa nueva. Nuestro amigo César Vallejo, el gran poeta peruano, acaba de morir en París.
En estos graves momentos de la Historia, nuestro Secretariado quiere rendir este piadoso homenaje a aquel que, torturado por los trágicos acontecimientos de España, no pudo resistir tanto dolor.
Nuestra Asociación, hoy de luto, quiere participar en el gran duelo de las letras hispanoamericanas.
Os enviamos, queridos camaradas, nuestros saludos más fraternales.—LUIS ARAGON, JEAN RICHARD BLOCCH, ANDRE CHANSON, ANDRE MALRAUX.

daderamente, lo más humano." Mientras esto se escribía y Vallejo, con su gran sombrero y su oscura cara muy pequeña, paseaba Madrid, incorporado a la poesía española por derecho creador, otra ribera, la orilla inquieta del desterrado, se sentaba en los cafés de ese mismo Madrid, rodeado de muchachos, a quienes enseñaba marxismo. Desde mi casa de Rosales, por donde se divisaba el pequeño mar de la Casa de Campo, a veces, después de oír hablar a Unamuno, él solo, claro está, varias horas de unas tardes llenas de presentimientos, César Vallejo se iba con su buen método marxista a comunicar a otros su fe.

El año 1931, esa fe le lleva a la Unión Soviética, y escribe un libro apretado, denso, donde no quiere dejar pasar ni un resquicio de su amor hacia el país proletario, porque no digan, para que no puedan decir que es parcial y que todo en el libro es entusiasmo y amor.

Por aquellos años, todos poníamos ya un orgullo joven y ardiente en llamarnos escrito-



res revolucionarios. Vallejo, desde sus comienzos, forma en las filas de la A. E. A. R. Vive en París. Sigue hablando a los grupos de jóvenes americanos, y entre su hambre de justicia y de pan van mezcladas sus palabras de esperanza, esperanza de un hombre que necesitaba ganarse su patria, reconquistarla al par que la consigan los indios tristes, que preguntan aún hoy por el encomendero.

Escribe entonces una novela árida, como son las novelas antimilitaristas americanas, donde relata la ambición capitalista en las minas peruanas: "El Tugsteno".

Cuando, el año pasado, a nuestra vuelta de Moscú, nos encontramos en un bulevar de París, su abrazo fué más firme, más urgente su amistad que nunca. España y la guerra de España eran sus palabras de entonces. No recuerdo si presidía, con Pablo Neruda, el grupo hispanoamericano que trabajaba en París por nuestra causa. La verdad es que por aquel sótano, donde acudía asiduamente Vallejo a redactar un boletín, han pasado todos los heroicos muchachos cubanos, mexicanos, panameños, venezolanos que vinieron a jugar a su sangre con la nuestra en un lamamiento inaplazable. ¿Recuerdas, David Alfaro Siqueiros, cómo te escuchaban hablar de pintura mientras tú venías a ser capitán entre los capitanes del pueblo?

Después, en agosto, Vallejo vino a Madrid, al segundo Congreso Internacional de Escritores. Ya no le veremos más. Ha muerto hablando de España. Que un momento callen nuestras armas en honor de César Vallejo, gran poeta peruano, para seguir luego disparando contra los enemigos de la cultura, de la poesía y de la vida.

Maria Teresa LEON

LIBROS Y REVISTAS

HOMENAJE POETICO AL PUEBLO ESPAÑOL.—Jorge Millas. Santiago de Chile. S. R. Nueva.

Muchos libros se publican, han publicado y se publicarán sobre la guerra española. Los hay que pretenden ser objetivos; otros, de combate; otros, de amor. El libro de Jorge Millas, poeta chileno, pertenece al último grupo. No nos ha visto; pero se mueve en la órbita de Pablo Neruda, que nos ha vivido con su corazón. Jorge Millas sigue los pasos de Pablo, se emociona, increpa, aprieta los puños de ira al compás de esa conversación que nosotros presentimos llena de España, saturada de simpatía, donde nuestros héroes se universalizan, donde nuestra patria se hace patria de todos los antifascistas del mundo.

PEUPLE D'ESPAGNE.—Sofía Blasco. Editorial N. R. C. Adaptación francesa de Henriette Sauret.

Sofía Blasco es una mujer incansable. Cuando la guerra llegó, subió hasta Guadarrama, siguiendo los pies de los milicianos guerrilleros. Quería seguirlos, ayudarlos, emplearse en el servicio de una causa que, por herencia, —hija de Eusebio Blasco— le era grata como la vida. Más tarde, después de sus andanzas militares, va a París, a decir a los públicos que puede y que la dejan lo que pasa en España. Entre conferencia y conferencia, siente la angustia de nuestra suerte y escribe un libro. No es más que una serie de impresiones personales. ¡Cuánto amor a la causa del pueblo hay en ellas! Debemos gratitud al corazón de Sofía Blasco. Su libro, en manos de la francesita media, "que aún no sabe si tiene o no razón el Comité de no intervención", nos hará mucho bien.

"FEV".—Revista de la Federación de Estudiantes de Venezuela. Editorial Bolívar. Caracas.

Esta revista es el exponente de los deseos de la juventud estudiantil venezolana. Están en espíritu y presencia junto a nuestra guerra. Son antifascistas, antimperialistas y demócratas. Su enviado en Madrid, Carlos Oteyza, envía continuamente noticias del curso de nuestra lucha. Gracias, camaradas estudiantes de Venezuela.

"MEDIÓDIA".—Semanario de los escritores cubanos. Habana.

En él escriben los prestigios antifascistas cubanos. Unidos plenamente con el propio trabajador, expresan sus deseos en crónicas, cuentos, poemas. Últimamente publicó el mensaje de adhesión de los escritores cubanos a la España republicana.

"BOLETIN DE ORIENTACION TEATRAL".—Consejo Central del Teatro. Madrid.

El número 4 de este "Boletín", sufragado por los mismos trabajadores, sigue la orientación de los primeros, propugnando por un

Una entrevista con Mao Tse-Tung

(Final)

de resistencia, y luego, la lucha final por la victoria.

Parece que el generalísimo Chiang-Kai-Shek se ha dado cuenta de este punto. En su entrevista de octubre 9, en respuesta a la declaración del presidente Roosevelt, insistió en la política de continuar la guerra hasta el fin. «Aun quedaría un solo hombre y un solo rifle—dijo—, continuaremos la guerra.» El Partido Comunista apoya decididamente esta política del generalísimo, y se opone hasta el último a todos los elementos vacilantes y derrotistas. La consigna del Partido es: «Derrotar hasta la última gota de sangre en defensa de la patria!» Y el espíritu del generalísimo Chiang, demostrado en su entrevista, concuerda perfectamente con nuestra consigna.

(Tomado de «New Masca», número 7, publicado en 8 febrero de 1938.)

teatro a la altura de nuestra lucha. Publica un interesantísimo fragmento de la conferencia pronunciada en el Club del Teatro de la Zarzuela por el director de «La Voz», José Luis Salado.

"HORA DE ESPAÑA".—Subsecretaría de Propaganda. Barcelona.

Esta revista, literario-filosófica, mantiene en el extranjero a gran altura el nombre de la España que piensa, aun en medio de la guerra, en los valores intelectuales. Machado, Bergamín, Altamirano, etc., publican poemas y narraciones.

"LA U. R. S. S. EN CONSTRUCCION".—Moscú.

Esta magnífica revista, tan conocida de todos, dedica sus páginas a los gigantescos veinte años de avance del régimen soviético. EL MONO AZUL saluda fraternalmente a la Unión Soviética.

"LITERATURA INTERNACIONAL".—Órgano de los escritores soviéticos. Moscú.

En el número dedicado al XX Aniversario, los camaradas soviéticos recogen en varios artículos los problemas de creación artística planteados en el curso de la construcción socialista. También vienen biografías y estudios sobre los escritores antifascistas amigos de la U. R. S. S., entre ellos, de Rafael Alberti y María Teresa León, Arconada, Machado, etcétera.

UN POETA CHILENO EN MADRID

Desde hace un mes vive entre nosotros el poeta chileno Inocencio Valle. En el próximo número publicaremos un poema de él que escribe sobre nuestra guerra y una entrevista, donde nos explicará el pensamiento de la intelectualidad chilena. Le acompaña el periodista Serrano, de quien publicaremos alguno de los artículos que envía a su país.

GERMANS! (¡HERMANOS!)

¡CATALUNYA! Castilla te presenta su mano; su dura mano oscura que la guerra ha encendido. ¡Castilla! Catalunya tiene un aliento hermano, y un fusil orientado en tu mismo sentido...

¡Catalunya es España! ¡Ay, luna catalana! Sus muertos, sus maderas y sus aires sangrantes; las banderas que cuelgan de su roja ventana, suenan en dos palabras idénticas, vibrantes...

Catalunya la mecen, dulces aguas azules; ¡qué cadenas arrastran ¡hombres? para apresarla! Castilla se eleva entre barro y hules; ¡nunca yugos ni flechas podrán atravesarla...

¡A LA LLUITA! ¡A la lucha! ¡EN PEU! ¡En piel, yo digo. Y mi profunda voz de muchacha, levante y una el desconocido puño y el puño amigo ¡en el puño del pueblo más hermoso y gigante...

José Luis GALLEGÓ

UN POEMA DE CESAR VALLEJO

Madre, voy mañana a Santiago,
a mejarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de Uaga de mis falsos trafines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonturadas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que pára no más rezongando a las calgas
tataramietas, de correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy cjeando, ¿no oyes jadear la sonda?
¿No oyes tascar dianas?

Estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huecos de este suelo.
¡Oh!, si se dispusieran los táticos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las citas más distintas.

Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi
para ir por allí,
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.
Entre la columnata de tus huesos,
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
ni un solo aedo suyo.

Así, muerta inmortal.
Así.

¡VOLUNTARIO!

Un cuento, por ROSARIO DEL OLMO

NO ha dormido en toda la noche. Ha cantado toda la mañana. No puede olvidar el día de ayer, el día de su primera decisión de hombre. ¡De hombre! ¡Con qué inevitable aire de superioridad mira a cuantos le inspiran el recelo de que se emboscan! El sólo tiene diecisiete años. Es decir, aún no los ha cumplido; pero cuando su voz ha pronunciado esa cifra en la Oficina de Reclutamiento, por la sala ha cruzado el aire maravilloso de la juventud saturado de una madurez vigorosa.

Aún siente Gabriel el orgullo experimentado cuando el encargado del Centro, después de verificada su inscripción, le tendió, conmovido, la mano, aquella única mano con la que el ex combatiente servía a la Patria en la retaguardia, después de perder un brazo en la línea de fuego.

El muchacho advierte toda la fuerza de su cuerpo, todo el poder de su voluntad, desde hace unas horas solamente. Parece que sus músculos se atiran bajo la piel, que su sangre se vierte en las arterias y afluye al corazón con un ritmo vertiginoso desconocido hasta ahora. Siente crecer su agilidad en el mismo reposo y advierte un vigor y una resistencia física inusitados. Ha adquirido, además, conciencia de su propia personalidad. ¡Es un hombre! ¡Un hombre!

Corre al encuentro de sus amigos. Quiere que su propia personalidad. ¡Es un hombre! ¡Un hombre!

Admiren su determinación. Desea que le imiten. Por instinto, odia la prudencia que aconseja esperar las disposiciones oficiales en una remolona e inconfesable esperanza de que resulte bastante el esfuerzo de los demás. Si ha aguardado tanto para tomar su determinación debe justificarse, porque quiso evitar a su madre, unida a él exclusivamente, el dolor de una soledad llena de inquietudes. Pero ha tenido valor suficiente para plantearle "su caso". Ningún trabajador, ningún antifascista en la plenitud de sus facultades físicas, podía quedarse al margen de la contienda. Muchos de sus compañeros de fábrica se habían alistado en las filas de los defensores de España. Y eran tan jóvenes como él y sus madres los querían tanto como ella a él. Para sustituirlos en sus funciones quedaban las mujeres y los viejos. Los hombres útiles, al frente y a las fortificaciones. Esta era la realidad, y él no podía sustraerse a ella sin sentir un rubor y un remordimiento insufribles.

Su madre no le había hecho la menor objeción. Pensaba, sin duda, en los males de obreros fusilados por el fascismo en la zona dominada por la traición y el crimen. En las terribles mutilaciones. En el odio implacable al trabajador, condenado a la extenuación y al hambre. Y consideraba mucho más consoladora la separación y hasta la misma muerte, si servían para librar a España de la casta maldita que intentaba, en vano, dominarla. Con un sentido práctico de mujer aversada a todas las resignaciones, barajaba cifras llenas de un contenido dramático y quería obtener al precio de su propio dolor el resultado más generoso para la Humanidad trabajadora.

La tierra, junto a la línea de fuego, era hermosamente fértil y se llenaba de amapolas entre muestras trincheras y las del enemigo. Cada uno de nuestros hombres caídos era impulso para el futuro, siembra inmensa de porvenir y de libertad.

Los muros de ejecución fasciosos eran siniestros remedos inquisitoriales en los que se intentaba emparedar el pensamiento y el derecho a la vida de los oprimidos y de los hombres libres.

El acuerdo con su madre dió más valor a su impulso. La ficha en que constaba su filiación contenía algo más que un nombre: representaba la voluntad expresa de luchar hasta vencer a las mujeres y los hombres de España.

Gabriel recorre un camino nuevo: el del frente. La llanura, suavemente ondulada, de tonos pardos y violeta, ocre y azul ahumado, va unificando sus matices en la puesta del sol. Sobre el cielo alto el gris pálido de las nubes se mancha de brochazos cárdenos que se desfilan en un aire, sutil, mientras el fondo del paisaje se inflama vertiginosamente en el crepúsculo sangriento.

Mañana verá los pueblos en guerra del maravilloso Levante costero. Verá la plata del Mediterráneo tendida al borde de las tierras en fruto y en flor. Contemplará las casas rosas, verdes, azules, que se descubren entre los naranjos y se alzan junto a los viñedos... Todo ese tesoro de belleza y de luz profanado por la metralla, torturado por la aviación, cruzado de ráfagas siniestras de ametralladora, de hvidos chispazos fusileros. Todo el silencio musical de la Naturaleza turbado por descargas y por los estampidos de la artillería.



No importaba. Allí están los soldados pegados a la tierra, fundidos con ella, en una solemne promesa de defenderla o secundarla con la propia sangre.

Gabriel comprende entonces toda la dimensión del compromiso contraído, toda la gravedad de la promesa prestada. Y al comprenderlo, siente que se desprende de su persona el lastre sentimental o egoísta que allí en el fondo de su conciencia le creaba temores y dudas. Se nota ligero y ardiente, deseoso de entrar en combate, de pisar la línea de fuego, de demostrar a los que llevan mucho tiempo luchando que se incorpora a su lucha definitivamente y que les entrega su juventud arrastrado por el más noble estímulo.

Los camaradas le reciben con entusiasmo. Ha bastado una sola pregunta para que se sientan atraídos hacia él.

—¿Voluntario?—le preguntó uno.
—¡Voluntario!—afirmó él orgullosamente.

—¡Bravo, chaval! ¡Así se hace!
Inmediatamente, el chaval se ha convertido en el amigo de todos. Los veteranos quieren instruirle, aleccionarle acerca de cómo se debe defender de los aviones, cómo puede protegerse contra los proyectiles de artillería, que abren embudos en la tierra.

Gabriel escucha gravemente. Quiere aprender el arte de guerrear con la máxima eficacia, hurtando el cuerpo a las balas enemigas, administrando escrupulosamente la munición, que sólo debe seguir una trayectoria certera. El venía ya preparado. Ha aprendido en las Escuelas ¡Alerta! la instrucción militar; pero sobre el terreno adquiere las últimas nociones.

—¡Tú irás lejos, chiquillo!—le predice un sargento que observa al muchacho desde su llegada.
—¡Hasta el fin, camarada!—asegura Gabriel.

Un oficial le mira, complacido. Le satisface su aire extraordinariamente juvenil, y espera buenos resultados de su decisión. Cuando le entrega el arma siente, al rozar las manos del voluntario, un respeto emocionado. Y vuelve hacia las filas enemigas las pupilas, cargadas de un odio implacable.

Gabriel está contento de sí mismo. Los ataques fasciosos han sido feroces, pero su batallón ha resistido heroicamente, adherido al terreno, las embestidas desesperadas del enemigo. Han tenido pocas bajas. El no ha sentido miedo. Y no ha querido ahorrarse el dolor de contemplar a los camaradas caídos. Quiere estar seguro de su ánimo, de su fortaleza. Reconoce que está bien templado. Sólo una sensación de rencor ante el gesto de los heridos, y un deseo de venganza infinito.

Hoy existe, además, otra razón para estar contento. Ha recibido carta de Madrid, de su madre.

Ella le dice que está muy satisfecha de que le siente bien la vida de campaña. Le aconseja que se cuide mucho. Le recomienda que no olvide la disciplina. Le cuenta después las pequeñas incidencias de sus días desde que él está ausente. Y, como final, le refiere los comentarios que las muchachas de su barrio han hecho respecto a su incorporación a filas.

"Manolita dice que ha sentido mucho no verte antes de que te marcharas"—escribe la madre. "Hubiera querido darte un abrazo; pero como lo tuyo fué tan rápido, no le dió tiempo a enterarse. Y Mercedes y Carmen no paran de hablar de ti. Dicen que eres un héroe y que es

(Pasa a la pág. 5.)

UN SILENCIO DE VIDA

Se nos viene a la memoria la anécdota de Goethe en Mayence, que el gran escritor anarquista Maurice Barrés evocaba para deducir la oposición entre el orden y la justicia. Oposición falsa y mentirosa, pero típicamente pilatesca y hamletiana. El orden de Pilatos es el orden de la muerte, como el orden de Hamlet. Como el orden del hamletiano y pilatesco anarquista Maurice Barrés.

"La tierra y los muertos", decía Barrés para definir su nacionalismo. Y esta definición continúa siendo la mejor que yo conozco para definir todos los "nacionalismos".

Cuando el campesino pide la tierra para su vida, para la vida, ese "nacionalismo" le contesta quitándole la vida para dársela a la tierra; con la condición de no darle la tierra. Y como no puede hacer otra cosa que darle la tierra, prefiere quitarle la vida. A la justa petición del pueblo que dice: "La tierra para vosotros, ¡nunca! Vosotros para la tierra." Al pueblo que reclama la vida y la verdad, que pide con justicia la tierra para aquellos que la fecundan, oíd lo que han respondido esos nacionalistas: "¿La tierra? Tomadla; pero con vuestra vida, con vuestra sangre; la tierra, para los muertos."

¿Ese es el orden «nacional»? Nacional, no. Mortal.

¿El orden antes de la justicia?

El orden de un campo de cadáveres. La paz de un cementerio.

Quiero alterar un famoso verso español para decirlos que en la paz de los sepulcros no creo, y en la cual no he creído nunca. El orden de la muerte, que es la justicia de los muertos, se llama sencillamente el Infierno.

Y es eso lo que ellos desean: la paz del Infierno; la mentira de las mentiras.

Con un instinto que no se equivocó nunca, el pueblo medieval llenó de "claricalismo" sus "visiones infernales"; colocó en sus "infiernos ardientes", ante todo, a religiosos, obispos, cardenales, papas... Hoy tenemos ante nuestros ojos en España la imagen viva de ese Infierno católico popular. No faltan ni los sacerdotes, ni los religiosos, ni los arzobispos. Al contrario, hay un exceso. El Infierno ha sido siempre el paraíso de aquellos que se han muerto de miedo. La paz de los muertos. "La paz sin victoria."

Yo no creo en la paz de los muertos que tratan de imponerse a los vivos. Yo no creo en la paz sin victoria y sin verdad. Yo no creo, como Hamlet, en los fantasmas. Ni, como Pilatos, en el lavatorio de manos. Los muertos, los fantasmas, "son la guerra, son siempre la guerra". El orden aparente, falso y mentiroso de los muertos termina siempre con la muerte, porque siempre comienza con la guerra. No es un orden, es un desorden uniforme. Contra ese desorden uniforme de los muertos es necesario oponer el orden vivo y verdadero de la justicia, de la verdad popular. El orden multiforme de la vida.

El orden de la justicia, digo, por medio de la sangre. "La sangre es espíritu." La sangre derramada injustamente, sangre que grita y lanza su clamor hasta el cielo, con la misma voz popular que hunde sus raíces en la palabra viva de sus verdaderos poetas, a través de nuestro pueblo. La verdad de la sangre. La verdad de nuestra sangre derramada. La misma que han alumbrado con su sangre, a través del pueblo español, sus poetas eternos: Cervantes, Quevedo, Calderón, Lope de Vega, Santa Teresa... Voz popular y divina. Voz que se eleva en un solo grito justiciero.

Y esta voz es la voz de la paz verdadera. De la verdadera "paz", que de pie, sola, invencible, defiende nuestro pueblo, en Madrid. Es necesario el silencio para oír esa voz. Es necesario el silencio para escuchar hablar a sus muertos, con más "vida que sus vivos". Para escuchar la voz de aquellos que su voluntad mortal ha querido arrancarnos, sin pensar que su voz vive y vivirá para siempre entre nosotros, porque es la voz de ese mismo pueblo inmortal. La voz de su sangre. La voz de la sangre de Federico García Lorca, asesinado en Granada, y la de Miguel de Unamuno, a quien ellos también mataron en Salamanca, pues su voz y su palabra nos pertenecen. Su voz y su palabra están en su sangre, que lucha en la persona de sus hijos, con nosotros, en nuestro frente. Necesitamos el silencio para que nos escuchen. Un silencio de vida y no de muerte. Queremos la paz de ese silencio, la paz de la sangre que clama al cielo por ese silencio tan claro y tan profundo: la paz del espíritu. El orden divino de la justicia.

José BERGAMIN



EL TEATRO

LA GUERRA Y EL PAN DE LOS CURRINCHES

por José Luis SALADO

Hay espectadores que se han preguntado más de una vez: ¿Y qué tipo de teatro se haría en España durante la primera guerra de la Independencia? Los textos de la época—más atentos a lo bélico que a lo teatral—no sólo no contestan a la pregunta, sino que ni siquiera insinúan el modo de hallar la respuesta. Reconstituir exactamente el teatro español del tiempo de Manuela Malasaña y del alcalde de Mostoles es una labor difícil. Lo es incluso para los radores de biblioteca más pacientes. Hay, sí, un indicio interesante: durante uno de los sitios de Zaragoza se representó la "Numancia". Rafael Alberti lo cuenta en el prólogo de su versión de la obra cervantina, que no es—como se ha complacido en afirmar, venenosamente, la nutrida sucursal de la "quinta columna" que tiene su domicilio en los camerinos teatrales—una obra derrotista, sino una obra "victorista", si se puede decir así: un canto cálido y esperanzado al heroísmo de todo un pueblo que no muere. Qué, al cabo de los años se haya vuelto a representar la "Numancia", a dos kilómetros de las trincheras en que quedó clavado el nuevo invasor, quiere decir que estamos hoy, efectivamente, en una segunda guerra de la Independencia. Pero no quiere decir—el matiz tiene su sentido—que todo nuestro teatro de hoy sea, ni muchísimo menos, la "Numancia". Al contrario: la "Numancia" es una excepción dentro de nuestra escena, y una excepción—las cosas como son—que no ha sido comprendida, ni estimada siquiera, por los cómicos indolentes que añoran voluptuosamente los tiempos del papiroseo. En general, nuestro teatro—no me refiero ahora sólo a los cómicos: me refiero también a los autores—se ha colocado de espaldas a la guerra monstruosa que tenemos planteada. Añejas reposiciones de cuando teíamos doce años—estando demostrado, véase el ejemplo de "Chateau Margaux", que se puede armonizar discretamente lo retrospectivo con lo irónico—obras de autores que no habrían estrenado jamás sin la insospechada ayuda de Franco; todo un estilo de teatro no sólo contrarrevolucionario, sino incluso antirrepublicano. Las alusiones a figuras que están hoy ametrallándose desde el otro lado de España figuran en el orden del día de nuestro más descolorido teatro cómico. Se sigue diciendo en los escenarios madrileños: "Tiene más fuerza que Uzcudun!" Y "¿Qué voz! ¡Ni que fuese Fleta!" Y "¡Es más listo que Marañón!" Esto se decía antes del 18 de julio. Y esto se dice hoy. ¿Para qué variar? Los autores—los raros autores que no están emboscados—han optado por encogerse de hombros. Fleta actúa a diario en las "radios" de la facción andalza; Uzcudun emplea sus puños contra los pobres aldeanos de Euzkadi que no han renunciado a su lengua natal; Marañón remata en aguas de calumnia y de traición una vida que fué digna. Nuestros autores no saben nada de esto? Si lo saben. Lo han dicho los periódicos; han hablado de ello las propagandas oficiales. Pero encogerse de hombros hasta ver en qué termina la guerra es más cómodo. Y más prudente. A nuestros autores no les agrada el estilo nuevo de los teatros antifascistas. Empieza por no agradarles el público que acude ahora: muchachitas humildes que pisan por primera vez un patio de butacas; trabajadores, sol-

dados que vienen a Madrid sólo con unas horas de permiso. Ante este público benévolo y conmovido, los cómicos—hay excepciones, por supuesto—hacen mal las comedias. Algunos, ni se las aprenden. Los decorados son espantosos. La ropa es vieja. La escena está mal puesta. A veces suena cerca un obús. Es, al mismo tiempo, un trueno y un relámpago. El actor H, al oír la explosión—todavía tintinean con un temblor cantarín todos los vidrios del camerino—, suspende su partida de "parchesi" para recordar: —Pues resulta que sí, que hay una guerra.

Y luego sigue jugando. Consecuencia: que el teatro, que era un excelente negocio—que lo era cuatro o cinco meses después de la sublevación—, ha dejado ya de serlo. Antes ganaban dinero casi todos los teatros. Ahora no lo gana casi ninguno. Por no ganar, no lo ganan ni los frivolos. El público—el nuevo público—se ha aburrido. O se ha refugiado en los climas más propicios del "cine". Yo comprendo que no es correcto reducir exclusivamente el problema del teatro a sus límites económicos. Pero se ha especulado tanto con la taquilla—dueña y señora—, que ya sería absurdo buscar para la escena otros horizontes más dignos. Además, ¿dónde está el arte—aunque sea por añadidura—en el teatro de hoy? ¿En "Se rifa un hombre"? ¿En "Cuidado con la Paca"? ¿En "Mi compañero el ladrón"? ¿En "Hijas de mi vida"? ¿En "Que me la traigan"? ¿En "El método Górritz"? ¿En "Ole con ole"? ¿En "Un tío con tragaderas"? ¿En "Consuelo la Trianera"? ¿En "La niña de la Mancha"? ¿En "Las hay frivolas"? (¡Hermoso título!).

Hay, sí, dos o tres espectáculos honestos: "Fuenteovejuna", "La madre", lo que hacen—dentro de una línea general—en el Ascaso... En total, tres espectáculos dignos—y alguno de ellos podría ser discutido—para los veinte teatros que hoy ahora abiertos en Madrid. El balance—que nadie podrá tachar de pesimista: me he limitado a copiar la cartelera—no es precisamente muy consolador. Pero ¿podía ser más brillante? Si, podría serlo con un criterio revolucionario del teatro. Ahora bien: lo revolucionario no supone que haya que recurrir cada dos por tres al chir-chin patriótico. Para salvar el teatro habría que dar una vuelta completa, un viraje de lo más rotundo. Habría que empezar por suprimir todas las rémoras tradicionales. La vanidad y la rutina—los dos males clásicos de nuestro teatro, que es, frente al buen teatro del mundo, un teatro ciego, manco, cojo y sordo—no nos sirven hoy para nada. No nos han servido nunca. Pero ahora, todavía menos. Aunque parezca mentira, aún seguimos con los casilleros al uso. Aunque parezca mentira, aún seguimos con el "Yo soy la "vedette", o con el "Yo soy el actor cómico: yo soy el que tiene que hacer reír a la gente." Por una cabecera de cartel hay actores que cambian de Sindicato. Por un reparto se rompe—o se resquebraja, cuando menos—la unidad. Fifi Morano devuelve un papel. La Nájera se niega a hacer una revista. Manolo Rodríguez—pero ¿quién es Manolo Rodríguez?—se pone a hablar en escena con el público. "Castrito" se sale del papel para recoger el cigarrillo que le ha arrojado un admirador del entresuelo. El "Pastor Poeta" es

nuestro O'Neill. El señor Fanarraga (don Agustín) es nuestro Louis Jouvet. En vez de Noel Coward tenemos al "Americano". En el puesto de Marcel Achard está el señor Alvarez (don Angel). Y en el puesto de las grandes parejas del teatro mundial, ¿a quién tenemos nosotros? Pues no tenemos a nadie. El autor que escriba hoy una comedia de galán y dama, ¿en qué teatro de Madrid la estrena? Si a Casona se le ocurriera una segunda edición de "Nuestra Natacha", ¿quién se la representaría? Casona, para poder vivir hoy, tendría que limitarse a escribir "Se rifa un hombre". En "Se rifa un hombre" dice un personaje: "Quiero hablar contigo a solas: te espero en el Ateneo." Esto—que además no es nuevo—se dice todas las tardes, de seis a ocho y media, en un teatro de Madrid, cuando media generación, salida del Ateneo—¡salud, Gustavo Durán; salud, Tagüenia!—está jugando la vida en el frente para que los currinches no se queden sin pan...

¿El frente? ¡Ah, sí! Que es verdad que hay una guerra.

¡VOLUNTARIO!

(Final.)

tán orgullosas de ser amigas tuyas. Nuestras mujeres desprecian ya a los "emboscados" con todas sus fuerzas. Desde que te has alistado, hijo mío, tus camaradas te ríen. ¡Es muy natural!"—termina, convencida.

Era muy natural, sí. Pero él sentía una alegría inexplicable cada vez que leía aquello de que Manola hubiera querido abrazarle. Antes, cada vez que Gabriel buscaba la mirada de la muchacha, ella la esquivaba inevitablemente. Le trataba con cierto aire de protección que no podía disimular y que a él le quemaba la sangre. Le consideraba "demasiado joven".

Y ahora "quería abrazarle". El voluntario evoca la blanca sonrisa de la mujer que le había deslumbrado para siempre y que empezaba a comprender que él era un hombre.

Manolita, Mercedes, Carmen... "Nuestras mujeres odian a los emboscados con todas sus fuerzas."

¡El es un voluntario!
¡Salud!

Rosario DEL OLMO



GLORIA DEL PUEBLO EN ARMAS

Por PABLO NERUDA

De los libros que sobre España se han publicado, ninguno como el de Pablo Neruda "España en el corazón". Pablo Neruda es la voz poética más grande de América. Saludamos en este Primero de Mayo a todos los camaradas chilenos de la Alianza de Intelectuales, que, como Neruda, tienen España en el corazón.

Armas del pueblo. ¡Aquí! La amenaza, el asedio aún derraman la tierra mezclándola de muerte, áspera de agujones. Salud, salud, salud te dicen las madres del mundo, las escuelas te dicen salud, los viejos carpinteros, Ejército del Pueblo, te dicen salud, con las espigas, la leche, las patatas, el limón, el laurel, todo lo que es de la tierra y de la boca del hombre.

Todo como un collar de manos, como una cintura palpitante, como una obstinación de relámpagos, todo a ti se prepara, todo hacia ti converge.
¡Día de hierro, azul fortificado!

Hermanos, adelante, adelante por las tierras aradas, adelante en la noche seca y sin sueño, delirante y raída, adelante entre vides, pisando el color frío de las rocas, salud, salud, salud. Más cortantes que la voz del invierno, más sensibles que el párpado, más seguros que la punta del trueno, puntuales como el rápido diamante, nuevamente marciales, guerreros según el agua acerada de las tierras del centro, según la flor y el vino, según el corazón espiral de la tierra, según las raíces de todas las hojas, de todas las mercaderías frangibles de la tierra.

Salud, soldados; salud, barbechos rojos; salud, tréboles duros; salud, pueblos parados en la luz del relámpago, salud, salud, salud; adelante, adelante, adelante, adelante, sobre las minas, sobre los cementerios, frente al abominable apetito de muerte, frente al erizado terror de los traidores; pueblo, pueblo eficaz, corazón y fusiles, corazón y fusiles, adelante.

Fotógrafos, mineros, ferroviarios, hermanos del carbón y de la piedra, parientes del martillo, bosque, fiesta de alegres disparos, adelante. Guerrilleros, mayores, sargentos, comisarios políticos, aviadores del pueblo, combatientes nocturnos, combatientes marinos, adelante; frente a vosotros

no hay más que una mortal cadena, un agujero de podridos pescados: ¡adelante!

No hay allí sino muertos moribundos, pantanos de terrible pus sangrienta; no hay enemigos: adelante, España, adelante, campañas populares, adelante, regiones de manzana, adelante, estandartes cereales, adelante, mayúsculos del fuego,

porque en la lucha, en la ola, en la pradera, en la montaña, en el crepúsculo cargado de acre aroma, lleváis un nacimiento de permanencia, un hilo de difícil dureza.

Mientras tanto, raíz y guirnalda sube del silencio para esperar la mineral victoria: cada instrumento, cada rueda roja, cada mango de sierra o penacho de arado, cada extracción del suelo, cada temblor de sangre quiere seguir tus pasos, Ejército del Pueblo: tu luz organizada llega a los pobres hombres olvidados, tu definida estrella clava sus roncós rayos en la muerte y eslabona los nuevos ojos de la esperanza.

Es absolutamente necesario salvar la civilización universal de una ola de salvajismo, no escatimando ninguna clase de auxilio al Gobierno de la República española, Gobierno que el pueblo se ha dado a sí mismo por libre voluntad.—RABINDRANATH TAGORE.

Rafael ALBERTI

RADIO SEVILLA

(Cuadro flamenco)

PERSONAS:

El Soldado, La Muchacha, Gente del pueblo.

PERSONAJES:

El general Queipo, Clavelona (prostituta), Catite (rejoneador), Señoritas 1, 2 y 3, Señoritos 1, 2 y 3. El Speaker, Oficial alemán, Oficial italiano, Tres soldados nazis, Tres soldados italianos, Un guitarrista.

Noche de estrellas. Ante las cortinas, abatidas, enlutada, con un aire de campesina andaluza, pasa LA MUCHACHA. Cuando va a desaparecer entra EL SOLDADO.

EL SOLDADO

¡Moza! ¡Muchacha! ¡Me escuchas, (LA MUCHACHA, asustada, vuelve la cabeza, acelerando el paso.) No corras. ¡Me tienes miedo?

LA MUCHACHA

(Haciendo tímidamente el saludo fascista.) Tengo prisa...

EL SOLDADO

¿Adónde vas tan de noche?

LA MUCHACHA

Voy al pueblo.

EL SOLDADO

(Acercándose.) ¿Al pueblo?

LA MUCHACHA

(Atemorizada.) No, no se acerca. ¿Que?

EL SOLDADO

¿Qué te he hecho?

LA MUCHACHA

Usted, nada; usted... (Llora.)

EL SOLDADO

¿Qué tienes?

LA MUCHACHA

Nada, señor, nada tengo...

EL SOLDADO

¿Vas sola? ¿Cómo te dejan ir por los caminos siendo tan joven, niña, tan niña, tan clavelito y lucero. ¿Quién te espera?

LA MUCHACHA

Nadie, nadie... Déjeme... Adiós...

EL SOLDADO

Ven. No puedo dejarte sola una noche rondada de tantos perros.

LA MUCHACHA

¿Perros? Sí, perros... Más malos que cien mil lobos hambrientos. Déjeme... Nadie me espera.

EL SOLDADO

Tu padre...

LA MUCHACHA

Un montón de estiércol le echaron sobre los ojos. Las tapias del cementerio tienen sangre de mi hermano... ¡Padre, padre! ¡Qué silencio! ¡Hermano, corazón mío...

EL SOLDADO

¿Qué gritas?

LA MUCHACHA

(Con los puños amenazantes.) Que estos diez dedos pueden cerrarse algún día para disparar, serenos, desde la altura del hombro, balas que tumben al suelo tanta hiena, tanto buitre como usted, como...

EL SOLDADO

Más quedo. Te estás jugando esa cara, ese color, ese pelo, ese...

LA MUCHACHA

¡No importa! ¡Matadme! ¡Pronto! ¡Asesinos del pueblo!

EL SOLDADO

¡Calle, muchacha! ¿Asesino? ¿Asesino yo?

LA MUCHACHA

¡Extranjero!

EL SOLDADO

¿Extranjero?

LA MUCHACHA

¡Vendedores

de España a tan poco precio! Aunque me grite y me insulte en español, no le entiendo.

EL SOLDADO

(Asiéndola de una muñeca.) Basta, jorobada...

(LA MUCHACHA le mira atónita.)

¿No conoces este saludo? (Cierra el puño.)

LA MUCHACHA

Es el nuestro.

EL SOLDADO

El mío también...

LA MUCHACHA

¡Mentira!

EL SOLDADO

Soy un soldado del pueblo, aunque me ves en Sevilla.

LA MUCHACHA

¿De dónde?

EL SOLDADO

De Cartagena. Cargador en Almería; luego, en el puerto de Málaga; después, en Cádiz, y ahora soldado, por mi desgracia, de la Falange Española; pero, como tantos otros, sólo esperando la hora de pasarme...

LA MUCHACHA

¿Y yo contigo?

¡Pronto! ¡Vamos!

EL SOLDADO

Camarada, si es difícil al soldado, lo es más para una muchacha. (Suena un altavoz.)

VOZ

¡Atención! ¡Radio Sevilla! Queipo de Llano es quien ladra, quien muge, quien garga, quien rebuzna a cuatro patas.

EL SOLDADO

¿Oyes?

LA MUCHACHA

¡Ese general, esa taberna, esa charca de fresca sangre inocente, esa tinaja borracha de crímenes y más crímenes, esa vergüenza de España!

EL SOLDADO

¡Mejor, niña! ¿Cómo quieres que berrendos de esa casta puedan triunfar y mandarnos? Nunca jamás las cloacas vencieron por mucho tiempo, pudieron regir en nada.

LA MUCHACHA

Mas si se ayudan...

EL SOLDADO

¡Qué importa! Sapos de la misma agua mueren juntos, confundidos, de un golpe, sus propias babas.

VOZ

¡Atención! ¡Radio Sevilla! ¡Radio Sevilla es quien ladra...

LA MUCHACHA

¡Qué horror!

EL SOLDADO

Verás. No te espantes. Presenciarás lo que pasa debajo de esas cortinas. Quédate aquí, camarada. Veremos aparecer, entre vinos y guitarras, entre relinchos y coques y turbias botaratas, un triste cuadro flamenco,

una siniestra comparsa de señoritos facciosos, de prostitutas monárquicas, toda la gran pandereta de esa estropajosa España, cuyo vil representante, cuya bocina cascada se nombra Queipo de Llano, quinto cabrón de Alemania, primer cabrón de su tierra, décimo cabrón de Italia. ¡Mirad, mirad y veréis si es posible que tal plaza de negras chinchas beodas puedan salvar nuestra patria!

(Al descorrerse las cortinas surge, abriéndose lentamente, dentro de una gran caja de cerillas de la época monárquica, la sala de la emisora sevillana. Un microfono. Adornando las paredes: carteles taurinos, una cabeza de loro de cartón, banderillas, dos capotes extendidos y un gran rejón de lujo. Sentado, un tocador de guitarra. Rodeándolo, en diversas posturas de cuadro flamenco, las SENORITAS 1, 2 y 3, con los SENORITOS 1, 2 y 3, falangistas, en traje corto. Sobre las rodillas de QUEIPO, en uniforme, CLAVELONA, con bata de cola y flores en la cabeza.)

CLAVELONA

Queipo Requeipo, Queipo Queipillo, me tiene muerta tu bigotillo.

QUEIPO

(Brusco.)

Bigotazos, guerras decir, Clavelona. ¡Bigotazos!

SEÑORITA 1

Está usted ofendiendo al general.

SEÑORITA 2

Una falta de respeto muy grande.

SEÑORITA 3

Desautorizándolo ante la gente.

CLAVELONA

Señoritas, el general es mío. Sé muy bien lo que hago. (Acariaciéndole nuevamente el bigote.)

Queipo Requeipo, Queipo Queipazo, me tiene muerta tu bigotazo.

QUEIPO

¡Ja, ja, ja! ¡Levantándose y payoneándose, presunido.) Así, eso es: tu bigotazo.

EL SPEAKER

General, mi general, que son las once y tenemos que empezar la emisión.

QUEIPO

No importa. Que esperen esos rojos. Soy el rey de Sevilla. (A las mujeres.) Vosotras, las damas de mi séquito. (A los SENORITOS.) Y vosotros, mis pajes. Soy vuestro salvador. Pero yo solo. ¿No es cierto?

SEÑORITO 1

¡Ole con ole!

SEÑORITO 2

¡Viva el sultán de Persia!

SEÑORITO 3

¡Vivan los hombres!

TODOS

¡Vivaaa!

QUEIPO

¡Música, música y vuelta al ruedo!

(QUEIPO coge del brazo a CLAVELONA; las SENORITAS a los SENORITOS, y formados en cuadrilla torera, giran alrededor de la sala, mientras el guitarrista rasguea el pasodoble «Jesús».)

CLAVELONA

(Con la melodía del pasodoble.) Muy pronto en la Puerta del Sol...

TODOS

(Menos Queipo.) Entrará Queipo sobre un escobón. (El pasodoble continúa.)

EL SPEAKER

(Suplicante, siguiendo a la cuadrilla.)

¡Mi general, por favor, que son las once y cuarto, y los rojos le aguardan con impaciencia. (QUEIPO no le hace caso.) La puntualidad en las emisiones es la base esencial para su éxito entre los radioyentes...

QUEIPO

Cuádrate, imbécil, que pasa Su Majestad.

EL SPEAKER

(Cuadrándose reverencioso.) ¡Majestad!

QUEIPO

(Interrumpiendo el pasodoble, deshaciéndose la cuadrilla.)

Si pudiera contemplarme Franco, se moriría de envidia. Soy el rey de la Bética. Un verdadero moro. (A CLAVELONA.) ¿No es verdad, mi sultana? Iremos a Granada para retratarnos.

CLAVELONA

En la Alhambra hay un fotógrafo encantador. Hace unos magníficos retratos marroquíes, solo por 10 pesetas, comprendidos la chilaba y el turbante.

SEÑORITA 1

¡Viva-Boabdil el Chico!

QUEIPO

¿El chico? ¿Por qué el chico?

SEÑORITA 2

Así lo llama la Historia.

QUEIPO

¡Ah! Creí que era un insulto.

TODOS

¡Viva!

EL SPEAKER

¡Majestad! El micrófono... Los rojos no pueden pasar una sola noche sin escucharle.

QUEIPO

Bien, bien. Es cierto. Hoy tengo grandes cosas que decirles. Van a quedarse atónitos.

EL SPEAKER

No quisiera repetirse siempre, pero es usted el asombro de Europa. Sus charlas son comentadas en los mejores periódicos del globo. Hasta en Rusia...

QUEIPO

¿En Rusia? ¿Y qué dicen en Rusia de mis charlas? Me intriga, me intriga.

EL SPEAKER

(Confuso.)

Mire... No sé... Supongo que nada bueno... Es un idioma bastante complicado... Su Prensa, como usted sabe, está prohibida en nuestra zona... Pero, mi gene-

ral, por Dios, que son las once y veinticinco... Empecamos, que el mundo no duerma por escucharle.

SEÑORITA 1

Empezar, general, que su voz me deleita.

SEÑORITA 2

¿Qué timbre, qué timbre!

SEÑORITA 3

¿Qué bella transparencia de arroyuelo!

SEÑORITO 1

Un ruiseñor del bosque.

SEÑORITO 2

Una calandria amaneciendo.

SEÑORITO 3

Un pavo real amando...

QUEIPO

Basta, basta. Silencio. No me ruboricéis. ¡Ejem! Voy a empezar. (AL SPEAKER.) ¿A ver, tú, descórre esa micrófono y anúnciame. Vamos, ¡pronto!, que esta noche me siento inspirado.

CLAVELONA

¡Silencio, silencio, que va a hablar mi sultán, Boabdil el Chico!

QUEIPO

(Ofendido.)

¿Eh?

CLAVELONA

Así lo llama la Historia. No te enfades, mi rey.

EL SPEAKER

¡Atención! Radio Sevilla. Queipo de Llano es quien ladra, quien muge, quien garga, quien rebuzna a cuatro patas. ¡Radio Sevilla!

QUEIPO

(Después de toser, con voz agudada.)

¡Señores!

Aquí un salvador de España. ¡Viva el vino! ¡Viva el vómito! Esta noche torno Málaga.

(Bebe una copa.)

El lunes tomé Jerez;

(Otra.)

martes, Montilla y Cazalla;

(Otra.)

miércoles, Chinchón, y el jueves, borracho y por la mañana, todas las catallerizas de Madrid, todas las cuerdas, mullendo los cagajones me darán su blanda cama.

(Entra CATITE, el rejoneador.)

¡Oh, qué delicia dormir teniendo por almonada y al alcance del hocico dos pesebreras de alfalfa! ¡Qué honor ir al herradero del rozal; qué insigne gracia recibir en mis pezuñas, clavadas con alcayatas, las herraduras que Franco ganó por arrojo en África!

(Imitando los gestos de un caballo.)



RADIO SEVILLA

(Continuación)

Ya se me atranta el lomo,
ya se me empujan las ancas,
ya las orejas me crecen,
ya los dientes se me alargan,
la cincha me viene corta,
las riendas se me desmandan,
galopo, galopo..., al paso.
Estaré en Madrid mañana.
Que los colegios se cierren,
que las tabernas se abran.
Nada de Universidades,
de Institutos, nada, nada!
Que el vino corra al encuentro
de un libertador de España.

SEÑORITA 1.
(Mientras los demás rien y aplauden.)
¡Vivan los bravos!

SEÑORITO 2
¡Los genios de la raza!

CATITE
¡Los talentos!

QUEIPO
Menos, menos. No exageréis.

CATITE
¡Superior! ¡Lo he presenciado todo, mi general! Galopa usted como un caballo hispanoárabe. ¡Qué ligereza! ¡Qué gracia!

CLAVELONA
(Al micrófono.)
¡Viva mi niño! Esto lo grita Clavelona.

QUEIPO
El general, por Dios, el general. No me degrade ante el mundo.

SEÑORITA 2
Nuestro salvador.

SEÑORITA 3
Pues... ¡Viva nuestro salvador!

TODOS
¡Viva!

QUEIPO
¡Silencio, silencio! (Al micrófono.) ¡Atención! Mis queridos radioyentes: perdonenme que haya interrumpido mi charla; pero es que mi distinguido amigo Catite, el gran rejoneador de toros, acaba de llegar y quiere saludarles. (A CATITE.) Vamos, hombre, menos vergüenza; dedíqueme unas palabritas a los rojos.

CATITE
¡Muuuuuuu!
(Risas y jaleo.)

EL SPEAKER
¡Mi general, por favor, que esto se oye en el mundo entero! No lo olvide.

CATITE
Pues ¡la mayor gloria del generalísimo, imbécil! Mira, para que se enteren en Francia: (Otra vez al micrófono, berreando.) ¡Be, be, be, beee! ¡Y ahora voy a hacer la rana para que se enteren en Inglaterra: ¡Cuac-cuac, cuac-cuac! ¡Y ahora el gallo, que quiero dedicar a Checoslovaquia...

QUEIPO
El gallo, ¡a mí, déjame a mí! ¡Kikrikiki! ¡Kikrikiki! ¡Qué tal?

CATITE
Como siempre. ¡Un talento!

QUEIPO
¡A ver, niños! ¡Vuestra especialidad! ¿Qué bicho sabe hacer cada uno? Señores radioyentes: no creáis ni por un instante que los nacionales somos gente triste, aburrida. ¡No! ¡Estamos muy contentos! Nos divertimos mucho. Esto es una botillería, un colmado andaluz de lo más típico... (Después de un golpe de tos, a CLAVELONA.) Pero anda tú, Clavelona, haz la gallina.

CLAVELONA
¡Toc-toc-toc, toc-totó! ¡Toc-toc-toc, toc-totó!

SEÑORITO 1
Yo quiero hacer el burro.

SEÑORITAS 1, 2 y 3
¡El burro, el burro!

SEÑORITO 2
¿Quién sabe hacer el burro?

SEÑORITO 1
Yo, yo, maravillosamente.

QUEIPO
Pero eso será mejor hacerlo a coro.

TODOS
(Al micrófono.)

Ru-rú, ru-rú, ru-rú, ru-rú...

CATITE
¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Qué raza la nuestra!

QUEIPO
¿Qué pensáis, queridos radioyentes? Mi España, la de Queipo de Llano (no hay más España que la mía), sabe conservar, como veis, una de las más grandes virtudes de su raza: el buen humor. ¡Qué raza la nuestra!, tengo que repetir con mi amigo Catite. No importa que en los campos de batalla perezcan a millares nuestros soldaditos. ¡No! Para eso Italia y Alemania nos abastecen con creces...

CLAVELONA
¡Viva la alegría!

CATITE
¡Atención, atención, señores radioyentes! ¡Rojos, atención! No perdáis ni una sílaba. A vosotros especialmente va dedicado el espectáculo. ¡A ver! Música. (La guitarra empieza a rasguear.) Y usted, mi general, cante...

QUEIPO
¿Que cante?

CATITE
Sí. Y póngase a cuatro patas. (Al micrófono.) Mi ilustre amigo el general Queipo de Llano, en vista de las grandes condiciones equinas que acabo de descubrir en él durante la emisión de esta noche, no tiene ningún inconveniente en hacer de caballo.

QUEIPO
¿De caballo?

CATITE
Sí. Es usted el mejor que he visto. Un pura sangre verdadero... Cante, cante... No se preocupe... Pero yo lo haré por usted. (Cantando al son de la guitarra, mientras QUEIPO, entre la risa de todos, hace corbetas a cuatro patas.)

Ya se me atranta el lomo,
ya se me empujan las ancas,
ya las orejas me crecen,
ya los dientes se me alargan...

(Después de montarse sobre QUEIPO.) ¡Venga el rejón, Clavelona! ¿Quién quiere hacer de toro? Tú misma, Clavelona, que eres brava.

SEÑORITA 1
(Celosa.)

Querrá usted decir vaca.

(Risas.)

CLAVELONA
Vaca, sí, y a mucha honra. (Entrega a CATITE el rejón que adorna la pared.)

QUEIPO
Soy mucho más temibles que los toros, porque embisten con los ojos abiertos.

CATITE
No importa, mi general. Peores cornadas dan los cañones.

QUEIPO
Esos están muy lejos, niño. Hablamos de reñones. No confunda.

EL SPEAKER
Creo que debo cortar la onda, mi general. Es algo escandaloso...

QUEIPO
¡Mal patriota! ¡A ver si te planto los cascotes en la cara! La fiesta nacional es admirada en todo el mundo, y siempre debe oírse. Es una buena propaganda política.

EL SPEAKER
Bien, bien. ¡Pues atención, señores radioyentes! El famoso rejoneador Catite, en ancas del excelentísimo señor don Gonzalo Queipo de Llano, sultán de Sevilla, va a ejecutar, para gloria del fascismo, la difícil y airosa suerte del rejón. El toro, más propiamente dicho, la vaca que le acometa, correrá a cargo de la distinguida señorita Clavelona, como representante de la Falange Española de las J. O. N. S. sevillanas.

QUEIPO
(Doblándose de manos.)
Oiga, niño, que soy caballo viejo y aguanto poco. O ejecuta

pronto la suerte, o de un respingo le hago morder la arena de la plaza.

CLAVELONA

(Histérica, cogiendo de la pared la cabeza de toro y poniéndosela a modo de máscara.)

¡Muu, muuu! ¡Que embisto, que embisto! ¡Que te cojo, que te cojo! (La guitarra rasguea en sordina, mientras los SEÑORITOS y las SEÑORITAS 2 y 3 jalean, a compás, con las palmas, y la SEÑORITA y el SEÑORITO 1 y 2 cogen los capotes.)

CATITE

Vengan pronto los peones.
¡Corre a la vaca tú por allí!
¡Corre a la vaca tú por allá!
¡Al toro, al toro, alázalo!

(QUEIPO respinga sin moverse, mientras CLAVELONA atiende a los capotes. En este instante entran sin ser vistos un OFICIAL ALEMÁN y un OFICIAL ITALIANO.)

SEÑORITA 2

Más que alázalo parece mulo.

SEÑORITO 2

Un viejo mulo sin desasnar.

SEÑORITA 3

¡Ay, don Gonzalo, que le cornean!

SEÑORITO 3

¡Que le empuñan, mi general!

CATITE

¡Al toro, al toro, buen alazano, que ya lo quiero rejonear!

CLAVELONA

(Arrancándose.)

¡Muuuuu!
(CATITE clava el rejón en la cabeza del toro. CLAVELONA da la vuelta en redondo, entre aplausos y bravos, volviendo a embestir con fuerza al general y al rejoneador, que caen rodando por el suelo; QUEIPO, a los pies del OFICIAL ALEMÁN.)

QUEIPO

(Con extrañeza.)

¿Eh?

OFICIAL ALEMÁN

(Rígidamente, incomprensible, saludando a lo fascista.)
¡Oh, la España romántica!

OFICIAL ITALIANO

¡Oh, el genio de la raza latina!

OFICIAL ALEMÁN

(Despectivo.)

No existe.

QUEIPO

¿Quién?

OFICIAL ALEMÁN

La raza latina.

OFICIAL ITALIANO

¿Cómo? ¿Y nuestro gran Benito Mussolini?

OFICIAL ALEMÁN

(Imperturbable.)

¡Oh, los toros, las mujeres hermosas, el sol, el vino...! Pero haga el favor de arrodillarse, general. Poco científica esa postura.

QUEIPO

(Obedeciendo.)

Bien, bien. Voy en seguida. La cornada ha sido terrible.

OFICIAL ALEMÁN

(Tendiéndole un pie, que apoya en una silla.)

Mucho polvo en este país... En Alemania... ¡Oh, en Alemania!

QUEIPO

¿Cómo dice?

OFICIAL ALEMÁN

Que me limpie la punta de esa bota. (Queipo le mira desconcertado.) ¡Sí, con su pañuelo...

CATITE

Pero eso será una broma, una gracia alemana, ¿no?

OFICIAL ALEMÁN

¡Oh, sí! Me he vuelto muy bromista en España. Pero... miren... Los españoles sois muy... muy... ¿Cómo se dice? ¿Cerdos? Eso es: cerdos... cerdos...

QUEIPO

Ajos, ajos, querrá decir.

OFICIAL ALEMÁN

¿Cómo?

CATITE

Que aquí se bebe vino y no cerveza.

OFICIAL ALEMÁN

¿Cerveza? ¿Qué le ha hecho la cerveza? Explíqueme.

CATITE

Digo que aquí toreamos, picamos, rejoneamos, wanderilleamos y matamos los toros.

OFICIAL ITALIANO

¿Los toros? ¿Lo dice por los italianos?

OFICIAL ALEMÁN

¿Por nosotros, los alemanes? Nuestra raza no consiente ese insulto. (Empuñando la pistola.) Retírese.

SEÑORITAS 1, 2 y 3

(Estridentes y horrorizadas.)

¡Aaaaay!

OFICIAL ALEMÁN

No hay que inquietarse, señoritas. (Da unas monedas a CATITE.) Tome. Vaya a la esquina por tabaco.

CATITE

¿Por tabaco?

QUEIPO

No comprometa al país, Catite. Vaya por el tabaco. Obedezca.

CATITE

Y, mientras, usted de rodillas. ¿No se le cae el bigote de vergüenza? Somos los «nacionales». Rebélase.

(QUEIPO intenta levantarse, pero el alemán le pone la pistola en la sien.)

OFICIAL ALEMÁN

¿De rodillas el español!

QUEIPO

¡El general Queipo de Llano!

OFICIAL ALEMÁN

¡Ja, ja, ja! ¡El general, el general. (Al ITALIANO.) ¡Ha dicho el general!

OFICIAL ITALIANO

¡Pobre iluminado!

CLAVELONA

¿Que no es un general mi general? (Abrazándolo y besándolo, de rodillas.) ¡Mio, mio, remio, requetemo! (Declamatoria e idílica.)

¡Mi sultán del Alcázar, mi rey de Andalucía, mi moro de Granada!

OFICIAL ALEMÁN

(Al ITALIANO.)

Deténgala, deténgala ahora mismo.

CLAVELONA

¡Mi bravo bigotazo, bigotillo del alma!

QUEIPO

¡Clavelona de ensueño!

CLAVELONA

¡Mi salvador de España!

OFICIAL ALEMÁN

Basta, basta. A pesar del romanticismo, le ordeno que la detenga.

CLAVELONA

¿A quién? ¿A mí? ¿A Clavelona? ¡Ja, ja, ja!

OFICIAL ITALIANO

Signatina: en nombre de Hitler y Mussolini...

CLAVELONA

(Dándole una bofetada.)

¡Tome!

OFICIAL ALEMÁN

¿Sabe cómo se llama eso en español? Bofetada.

OFICIAL ITALIANO

¿Bofetada? ¿Qué hago? Aconsejeme.

OFICIAL ALEMÁN

Cantar el «Giovinezza» y zurrar a la señora. Es la guerra.

OFICIAL ITALIANO

(Cantando.)

Giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza...

(Pega a CLAVELONA.)

CLAVELONA

(Como un tigre, mientras la detienen entre todos.)
¡Bandido siciliano! Pagar a Clavelona, la flor del Betis, la reina de Sevilla!

QUEIPO

¡Por Dios, Clavelona, no te excites! Calma esos nervios ante las

naciones amigas. No ayudes a los rojos.

CATITE

Pienso que todo esto será una broma italogermana, ¿verdad, señores oficiales?

OFICIAL ITALIANO

¡Sí, sí... Una broma... Nos hemos vuelto muy bromistas en este país... ¿Pero qué hace usted que no va por el tabaco?? ¿A qué espera?

CATITE

A que mi general me acompañe.

OFICIAL ALEMÁN

Imposible. Su general ya no es su general. Lo hemos ascendido.

QUEIPO

¿Ascendido?

OFICIAL ALEMÁN

¡Sí, a limpiabotas de los Ejércitos del Sur.

OFICIAL ITALIANO

(Apoyando también su bota en la silla.)

¡Brillante carrera militar! ¡Oh, genio de la raza latina!

SEÑORITA 1

¿Qué escándalo!

SEÑORITA 2

¿A nuestro salvador!

SEÑORITA 3

¿Qué vejamen indigno!

SEÑORITO 1

Somos los «nacionales». La Falange Española de las J. O. N. S. no puede consentir este abuso.

SEÑORITO 2

¡Nuestro glorioso movimiento!

SEÑORITO 3

¡Levántese, mi general! ¡Grite, proteste, aúle por lo menos!

CATITE

Es un Juan Lanas. Ya lo pensaba yo algunas veces.

QUEIPO

¿Eh?

CATITE

Que nos demuestre lo contrario.

CLAVELONA

Hazlo, Boabdil! ¡Chica, mira que empiece a sospechar que te cuadra este nombre.

QUEIPO

(Sudoroso, desfallecido.)
No puedo. Altas razones estratégicas me lo impiden.

CATITE

Pues, entonces, ni una palabra más. ¡A su oficio!

QUEIPO

Comprenda mi situación, amigo Catite. Considérela. Compártala. No creemos conflictos entre países hermanos.

OFICIAL ALEMÁN

Basta. Limpie de prisa.

(Queipo pasa rápido su pañuelo por la bota de los oficiales extranjeros.)

OFICIAL ITALIANO

¡Así, así! ¡Maravilloso trabajo de guerra!

OFICIAL ALEMÁN

Ahora, cante; cante algo mientras opera. Los españoles siempre cantan.

QUEIPO

(Con llanto de borracho, llevando el ritmo con el pañuelo.)

Dale que le das a las botas, dale que le das, general. Dale que le das, que están rotas, dale que le das, que le das.

OFICIAL ITALIANO

¿Rotas? ¿Rotas las botas?

El Mono Azul

AÑO III NUM. 45

TERCERA EPOCA

Redacción y
Administración:
Marqués de Duero, 7

Precio: 50 céntimos

JOSE MARIA MORON ASESINADO POR LOS FACCIOSOS

Como en sus poemas—ahora primavera, almendros, estanques—, yo me he puesto de guardavías en el vial de su vida para esperar el paso de sus mejores versos, que quiero recordar aquí. Con ellos viene su memoria, unida a la de su muerte. El poeta ha muerto, y en la desaparición de un elegido sus estrofas tienen olor de rosas y de violetas de luto.

El poeta ha muerto. Su grito ya no será el luchador de las cuencas mineras de Riotinto, latifundio inglés. Me lo devuelven desde esos valles sangrientos, como un eco, las montañas y las marismas, los árboles y el aire. Viene inmenso de la pólvora de los máuseres que derribaron al poeta entre las jaras olorosas. Pero aquí su grito no quiero que sea epitafio, elegía. Que sea sacudida de nervios, temblor en la conciencia de todas las cosas calladas.

Tenía una estrella pálida en la frente, blanca y tersa, sobre dos ojos también pálidos. Tenía dos manos pálidas y débiles asimismo, que no parecían de quien, como él, era eso, nada más y nada menos: hombre de las minas.

Porque José María Morón se retrató con el grito exacto e ibérico de su liberación, que luego había de ser el de su muerte:

—No me llaméis por mi nombre, ¡llamadme sólo minero!

Pudo ser el poeta de las rías onubenses, sábanas azules que arropan la mujer desnuda de la tarde. Y cómo se prestaba la red centelleante de agua, azules, salinas, verdes y sienas, al verso de Morón, captador de este clarinear de imágenes! Allí no hay nada corpóreo. Lo tangible y lo intangible flotan—lluvia, niebla, hortensia, prosas, velas, poemas del mar y de los árboles—en esta luz violeta, volcada a grandes brazadas sobre los campos de Alosno y de Moguer. Todo parece melancolía de colores; todo parece tapiz maravilloso de imágenes para alzar sobre él la estatua muda y exacta de mármol. Pero la vocación de Morón no era lo irreal, sino la estatua, la corporeidad, y no la corporeidad callada, sino aun astillada en voces y gritos. A buscar esta estatua fué Morón, porque también el labrar un mármol es cosa de minero. Y él era

«—¡Minero, sólo minero!»

Sólo que esta estatua no era hermosa e inmóvil, como las de Rueda, con ojos devastados. La estatua que el cincel poético de Morón plasmó se parece a las del retablo asturiano de Miranda. En las de Miranda palpita una racha marinera y cantábrica. En los poemas de Morón hay el resplandor gigante de la mina, del sudor de torsos desnudos, de hornos rojos. Están vigorosamente bosquejados por el dolor. ¡El era minero! Sus manos débiles habían hecho de topo en la vena proletaria para extraer de ella las piedras con que labró su estatua. Había descendido a las galerías dramáticas de la realidad de las minas de piritas: Riotinto. Un paisaje de bocas mineras bajo un cielo verdoso. Unos largos trenes de vagones rojos y locomotoras belgas. Pueblos apiñados y apagados. Un paso a nivel, una casa blanca con enredaderas verdes y campanillas azules, un viejo minero cojo. Y la bandera roja cruzada sobre la curva ferrocarrilera. Hondonadas cargadas al mediodía de reflejos dorados, y de tintas violetas a la tarde. El tren paz silbante por estas trincheras, fuertemente perfumadas por la jara salvaje. Es un paisaje maldito. Los senderos son de escoria. Los ríos tienen como una floración de amapolas en las orillas. No existe en ellos la alegría saltadora del pez. La mina es como una úlcera, un cáncer en la campiña onubense, verde tembloroso y líquido bajo un cielo de añiles hondos.

Del halago de ésta turve que escapan Morón. Allí están las sirenas de la vía, que ofrecen toda la hermosura del mundo al poeta. Las gracias de la Naturaleza se juntan al mediodía exacto para seducir a Morón. Carretas temblorosas que chirrían al anochecer, en un horizonte cóncavo y perfumado! Parideros cuadrados arrebatados en un cielo fugitivo! No es eso. El poeta cala más hondo. Quiere hacer su estatua, no de esta fiesta de la Naturaleza, toda alegría matinal y frondas frías con el tambor caliente del mar, sino de su propia vocación dolorosa. De la cava honda, adonde, como el Dante, ha descendido. Sólo que éste no se remonta, como el florentino, a un paraíso con beatrices incorpóreas. El lleva su pico, su pala, su lámpara minera. Se astilla en su propio dolor para recoger el dolor de los demás. Anda a tientas por las galerías sombrías, iluminándolas con su propia luz, que es la de su palabra. ¡El era minero!

—¡Llamadme sólo minero!

Minero del dolor. Y escultor de estas figuras de la mina—árboles de la selva, olas del mar, piedras de un alud—, que, una vez vistas, no se olvidan jamás. De allí salió Egocheaga. Pero los hombres de Riotinto no tienen nombre. ¿Tienen nombres propios los mineros del 17? Lo tiene el «coto», que perdió su piedra en un accidente y anduvo con su muñón leguas, ensangrentando los campos? Todo por nada: por escupirle al capataz negrero la plata de su limosna.

Yo oí una vez hablar a Morón. Su ademán y su voz hacían plástica—escultural—su conversación. Me contó cosas de sus versos y de sus proyectos. Pensaba en un libro hondo. Pensaba en Riotinto plasmado en una película, fuerte y humana.

El dijo una vez:

—No me llaméis por mi nombre, ¡llamadme sólo minero!

Los que le llamaron ahora, en estas barrancadas lividas de Nerva, le llamaron como él quería. Con su grito que era de guerra, de rebeldía social:

«¡Minero! ¡Sólo minero!»

Le llamaron desde las breñas ásperas de la serranía. Le llamaron desde el paisaje de Riotinto, sombrío y agrio. Le llamaron, si, porque antes estos lugares, habían retumbado de su grito fraterno. Le llamaron, porque era minero. Y porque era minero, él estuvo allí, con los suyos, con los mineros; y porque era minero—minero de estrellas, ¿qué más da?—, allí cayó, sellando con su muerte esa estrofa bárbara y heroica de la defensa de los mineros onubenses.

Habrà que enterrarle, si algún día recojemos los restos de su pobre cuerpo, en una mina. O en la curva ferrocarrilera, donde, como en sus poemas, haya silbidos de trenes mineros, árboles con jirones transeúntes de humo en la mañana de lluvia, y

«... viejo guardavías, en el paso a nivel de enredaderas, saluda al tren expreso de sus días con su pata de palo y sus banderitas»

Habrà que enterrarle en este paisaje minero, el que, como Valery en su «cimetière» de espumas y tempestades, se entregó, sintiendo la savia crecer, por el árbol verde de su cuerpo.

Llorad por él, campos del Alosno, almendros—ahora abril y abril—, movidos al borde del mar y de sus ojos apagados.

Paisaje maldito, muertos ríos, marismas soñolientas, llorad por él, por el poeta asesinado. Tenía sobre la frente una pálida estrella. Y se fué roja al añil hondo del cielo.

Adrián PLATA

CATITE
¡Abajo los gallinas! ¡Fuera los Juan Lanas!

SEÑORITAS 1, 2 y 3

¡Abajo, abajo!

SEÑORITOS 1, 2 y 3

¡Fuera, fuera!

CLAVELONA

O te comportas como un héroe, o me voy con Catite.

EL SPEAKER

¡Qué emisión, qué emisión, Dios mío! Inglaterra estará maravillosa.

QUEIPO

(Levantándose, decidido.)

Voy a jugarle España. Esperad. (A los oficiales.) ¡Destruir-me a mí? ¡Degradarme a mí, dijeron? (Haciendo ademán de sacar la pistola.) ¡Sí, sí! Quedan ustedes detenidos.

LOS DOS OFICIALES

¡Ja, ja, ja, ja!

OFICIAL ALEMAN

¡Bravo, bravo!

CATITE

¡Sí, señor! Así actúan nuestros patriotas. ¿Qué pasa?

CLAVELONA

¡Arriba España!

OFICIAL ALEMAN

Señorita: querrá usted decir ¡Arriba Alemania!

OFICIAL ITALIANO

O ¡Arriba Italia! La equivocación es lamentable.

OFICIAL ALEMAN

Su grito, señorita, no sólo es inconveniente y grosero, sino muy mal visto por nuestro Estado Mayor.

QUEIPO

El Estado Mayor soy yo. No reconozco otro.

OFICIAL ALEMAN

(Dándole una bofetada.)

Pues para que reconozca el mío.

OFICIAL ITALIANO

(Dándole otra.)

Y el mío.

EL SPEAKER

¡Qué emisión, qué emisión! La mejor de la guerra. Mañana haremos subir la Bolsa.

CLAVELONA

(En jarras.)

¡Pero qué significa esto? (A todos.) ¿A qué esperáis? ¿Qué hacéis? ¿Dónde está nuestra raza, su poder, su empuje? ¡Venga! ¡Todos a una!

TODOS

(Menos QUEIPO, inclinándose la frente en actitud de embestida, y arrancándose contra los oficiales extranjeros.)

¡Muuuuuu!

OFICIAL ALEMAN

(Retrocediendo con el italiano.)

¡Quietos, quietos, berrendos españoles! Guardense bien guardados sus cuernos, que nosotros nos vamos.

TOROS

(Espantados, como de piedra.)

¿Eh?

OFICIAL ALEMAN

A Berlín.

OFICIAL ITALIANO

A Roma.

QUEIPO

(Desballeciendo.)

A Berlín... A Roma... Pero...

OFICIAL ALEMAN

... para no volver. ¡Pais poco científico!

TODOS

(De rodillas, suplicantes.)

¡No, no, no!

QUEIPO

Imposible, imposible. Catite, vaya por el tabaco. Cinco habanos.

RAFAEL ALBERTI

RADIO SEVILLA

(CUADRO FLAMENCO)

(Final)

por lo menos, para cada uno. Clavelona, hija mía, date por detenida. Sé disciplinada. Y vosotros, señoritas y caballeros, mostrad en todo instante a estos buenísimos señores el hondo agradecimiento que les tenéis, el respeto profundo que les guarda mi España, mientras que yo, con mucho gusto...

(Se arroja, y sacando otra vez el pañuelo les da varias pasadas por las botas.)

SEÑORITA 1

¡Vivan nuestros salvadores!

TODOS

¡Vivan!

OFICIAL ALEMAN

(Abriendo la puerta del fondo.) Pues estos son. Ya llegan. Bien que se lo han merecido ustedes.

(Entran tres SOLDADOS ITALIANOS de negro, facinerosos, bigotudos, llenos de plumas los sombreros, pistoles al cinto y un inmenso sable desenvainado. Van seguidos por tres SOLDADOS NAZIS, finos, rubios, afeminados, depiladas las cejas, pintados los labios, etc. La guitarra, mientras evolucionan por la escena, empieza a rasgar sordamente.)

OFICIAL ITALIANO

A Benito le piden las sevillanas, a cambio de Sevilla, gente de Italia. Hombre que llega, señorita bailando que se le entrega.

Señoritas, haced honor a la raza del Duce...

(Cada uno se coge del brazo de un facineroso italiano, mientras continúan las evoluciones de los TRES SOLDADOS NAZIS.)

OFICIAL ALEMAN

Cuando a Sevilla llegan los alemanes, pierden sus pantalones los «nacionales». Nazi que llega, falangista bailando que se le entrega.

Caballeros: Hitler se sentiría muy orgulloso... Acepten... aunque no es partidario de la mezcla de razas.

(Los SEÑORITOS se cogen del brazo de los TRES SOLDADOS NAZIS. A QUEIPO.)

Señor general: Alemania e Italia le saludan a usted respetuosamente, ofreciéndole su desinteresada ayuda.

OFICIAL ITALIANO

Señor Catite: Mussolini le pide rejonar seis toros bravos en el Coliseo de Roma. Usted, señora Clavelona, presidirá con el Duce la corrida.

OFICIAL ALEMAN

¡Wunderbard! ¡Wunderbard!

OFICIAL ITALIANO

¡Maraviglioso! ¡Maraviglioso!

OFICIAL ALEMAN

¡Viva nuestro gran sultán de Sevilla don...! ¿Cómo es su nombre, general? No lo recuerdo...

QUEIPO

Gonzalo, Gonzalo.

OFICIAL ALEMAN

... don Gonzalo Queipo de Llano!

TODOS

(Tristes, de mala gana.)

¡Viva!

OFICIAL ALEMAN

(Levantando una corbata.)

Y ahora, ¡música, música baile! ¡Música andaluza! ¡Oh, España romántica!

OFICIAL ITALIANO

(Bebiendo también.)

¡Oh, la raza latina!

OFICIAL ALEMAN

(Besando a Clavelona.)

¡El sol, el vino, las mujeres hermosas...! ¡Música!

EL SPEAKER

Señores... Ustedes mandan... Son las doce y media. ¿Continúa la emisión?

OFICIAL ITALIANO

¡Ya lo creo! Que continúe. El general la cerrará haciendo de caballo.

QUEIPO

Con mucho gusto, con mucho gusto...

OFICIAL ALEMAN

(Juguetando con su pistola.)

¡Venga! ¡Vamos! Empezee la guitarra.

QUEIPO

(Entre el jaleo soso y desabrido de todos, haciendo corbetas melancólicas ante el micrófono.)

Ya se me atranta el lomo, ya se me empujan las ancas, ya las orejas me crecen, ya los dientes se me alargan, la cincha me viene corta, las riendas se me desmandan, galopo, galopo... al paso. Estaré en Madrid mañana...

(Se tambalea y cae al suelo.)

EL SPEAKER

Lo que yo dije: mañana sube la peseta de Franco.

(La guitarra rasguea fuertemente, quedando todos los personajes, a un golpe seco y fuerte de la misma, en una retorcida y trágica postura de baile flamenco.)

EL SOLDADO

¿Viste? ¿Escuchaste?

LA MUCHACHA

¡Qué crimen! ¡Qué gran dolor! ¡Qué desgracia! Se me estremecen y crujen de cólera las entrañas.

EL SOLDADO

(Al público, mientras va corrándose, despacio, la caja de cerillas.)

Pueblo español, pueblo grande, hermoso pueblo de España! Estos son los que te humillan—¡miralos!—, los que te matan y pisotean poniendo sus botas sobre la charca purísima de tu sangre; son los que venden tu casa, tu pan, tu sol, tus mujeres, mares, islas y montañas. ¡Pueblo, vuelve tus fusiles, hoy mismo, nunca mañana, contra los que te vendieron y compran dando por pagatantos escombros y muertes, tanta tristeza a la Patria.

(Se cierra la caja, quedando fuera, cogida por el onello, la cabeza de QUEIPO DE LLANO.)

LA MUCHACHA

¡Mirad un culpable! ¡Perro, torva fiera ensangrentada, uñas de buitre cobarde, traidor mil veces, canalla!

EL SOLDADO

¡Venid vecinos, vecinas, madres fuertes de Triana, cigarrerías, hombres todos, venid, que Sevilla os llama! Solamente esa cabeza el pueblo puede juzgarla.

(Entran gentes armadas de pistolas, escobas, escopetones, etc., y golpeando en randa la cabeza de QUEIPO, cantan el Trágala, mientras cae el telón.)

Prensa Obrera.—¡Bravo, 3.